



CAPÍTULO XVII

LOS ESCRITORES DE COSTUMBRES

Precedentes del género: Miñano y sus «*Cartas*», *El Solitario*, *El Curioso Parlante*, *Figaro*, Somoza, *Abenamar*, *El Estudiante*, *Fray Gerundio*, Antonio Flores, Neira de Mosquera, «*Los Españoles pintados por sí mismos*», etc.

PARALELAMENTE con la novela romántica, y aun anticipándose á ella en orden de tiempo, se propagó entre nosotros, importado también de Francia, un género algo semejante, aunque no tan nuevo como muchos suponen. Algún amigo de genealogías literarias quizás hallará modo de entroncarlo con el *Satyricón* de Petronio y las demás obras de la decadencia romana; pero, sin remontarnos tan allá, bien puede afirmarse que la propensión innata en los hombres de dar á conocer cuanto les rodea se descubre con distintas formas en todas las literaturas, y que los llamados escritores de costumbres no han hecho sino renovar y sistematizar los ensayos de sus predecesores. Sin apartarnos de los nuestros, ¿quién no admira en *Rinconete y Cortadillo*, en *Guzmán de Alfarache*, en *La vida de Don Pablos*, y en toda nuestra novela picaresca, los prodigios de habilidad en la pintura

que á veces contrastan con lo vulgar, monótono y mal conducido del argumento? ¿Por qué no llamar cuadros de costumbres á las amarguísimas sátiras y á los *Sueños* de Quevedo?

Descontados los novelistas de profesión, tuvo la corte madrileña del siglo XVII un pintor á lo Velázquez en Don Juan de Zabaleta, á quien se deben los bellísimos retratos á pluma de *El día de fiesta por la mañana y por la tarde*. Con haberse dado á la prensa esta obra en 1666 quedó ahogada su reputación por las corrientes de extranjerismo que invadieron más tarde las letras castellanas, y sólo llegaron á apreciarla en su justo valor algunos bibliófilos inteligentes, como D. Serafin Estébanez y D. Juan Eugenio Hartzenbusch. Para cuando éste la dió á conocer en el *Semanario Pintoresco* y en algún otro periódico insertando tal cual fragmento escogido, ya el género de costumbres decaía, siendo de fecha bastante posterior las reimpresiones parciales que hoy corren en manos de todos.

Mal conocidos y peor tratados los autores españoles de los siglos XVI y XVII, entronizada por todas partes la manía de la imitación francesa, no es extraño que hasta los más cuerdos se dejasen arrastrar de la moda, buscando fuera de casa lo que tenían dentro de ella, y pretendiendo ser en España lo que en la nación vecina fué aquel Mr. Jouy, tan famoso durante el primer Imperio napoleónico y en los principios de la Restauración¹. Y lo peor es que algunos de nuestros autores, no contentos con seguirle de cerca, llegaron á hacer de él, sin citarle, remedos que parecen plagios.

¹ Autor de *L'Hermite de la Chaussée-d'Antin*, *L'Hermite de la Guiane*, *L'Hermite en province*, etc. El mencionado Jouy se distinguió por sus andanzas de aventurero y sus exaltadísimas ideas políticas, que le costaron un proceso y una condena en 1823.

Nadie se admire de que comencemos esta serie con el nombre de D. Sebastián Miñano, el famoso clérigo de la segunda época constitucional, que de tan rudas invectivas fué objeto durante estos primeros y tempestuosos años de su vida pública. Sólo D. Eugenio de Ochoa le ha colocado á par de *Figaro* y *El Curioso Parlante*, sin indicar los puntos de contacto que con ellos tiene, y que con todo son y clarísimos.

Allá cuando comenzó á estallar el tumultuoso movimiento de nuestras discordias políticas, chocando entre sí como dos nubes la España tradicional y la España moderna, apareció súbitamente un papel satírico en forma epistolar, de autor anónimo, pero de intenciones tan abiertas como hostiles al antiguo régimen. *El Pobrecito Holgazán*, caricatura de los *a lateres* mimados por la Inquisición y el Gobierno absoluto, *pobre diablo* de los que con nadie se meten en no faltando el pan de cada día, comunicaba sus recelos y tribulaciones con otro compadre no menos necesitado que él, aunque haciendo indirectamente y con sus mismas quejas la apología del nuevo orden de cosas que tanto le sobresaltaba. El tono de Jeremías empleado por *El Pobrecito* en esta primera epístola es el de las restantes, incluso las de D. Servando Mazculla, su confidente, las de *El Madrileño* y las de *Don Justo Balanza*, que con todos estos nombres se disfrazó Miñano ¹.

La pintura no deja de tener chiste, aunque tan recargada y monótona; los personajes son figurones con algún rasgo digno de Moratín; la irónica alabanza de los procedimientos inquisitoriales, de la hipocresía mogigata y de las costumbres dominantes, forma un cuadro más ridículo que verdadero, y sin embargo, se comprende cuán temible poder de destrucción

¹ Las *Cartas* de *El Pobrecito Holgazán* se imprimieron sueltas, y lo mismo las de *Don Justo Balanza*; las de *El Madrileño* están insertas en *El Censor*, periódico en que colaboraba Miñano.

debieron de encerrar estas sátiras contra adversarios que no supieron medir sus armas con el atrevido novador. Los que hoy le dan crédito apoyados en esa tolerancia pasiva y en ese silencio incomprensible, desconocen el carácter de la época y el prestigio que por entonces tenía para los hombres que la echaban de entendidos el grito fascinador de reforma y libertad. ¡Ver á un clérigo apadrinando los delirios de la Constitución gaditana, del jansenismo trasnochado, de las pasiones pseudo políticas é irreligiosas, y esto en nombre de la prosperidad y los adelantos de la nación! Así se comprende que los liberales encaramaran el valor de las famosas *Cartas*, y que en la Península y en América se agotasen una tras otra innumerables ediciones. Por lo demás, sólo la ignorancia y el espíritu de partido pueden ver en Miñano la vena de Cervantes ó Quevedo, cuya maestría sólo se compensa en el buen abate con la agradable soltura del estilo y con ciertas dotes secundarias propias de los satíricos que lo son á medias ¹.

No se metía en tales honduras el ameno *Solitario* ², á quien coloco en este lugar aparte por las razones que expone su último biógrafo para darle la prioridad

¹ La última edición que se ha hecho de las *Cartas* de Miñano va al final del *Epistolario Español* (tomo II, LXII de la *Biblioteca* de Rivadeneira), y sólo comprende las de *El Pobrecito Holgazán*.

² Don Serafín Estébanez de Calderón. Había nacido en Málaga (1799), donde hizo á la sombra de unos tíos suyos bien acomodados los primeros estudios, que perfeccionó en Granada, manifestando, á par que sus aficiones á la carrera del foro, otras no menos ardientes á la pintura y á la poesía. Vino á la Corte en 1830 y residió en ella hasta 1834, consagrado á las tareas de escritor público y al estudio de la lengua árabe. Fué en la primera guerra civil Auditor general del ejército del Norte, y desde entonces figura en el partido moderado, que le nombró Jefe político de Sevilla al finalizar el año de 1837. Ministro del Tribunal Supremo de Guerra y Marina, Consejero de Estado, individuo de la Academia de la Historia, y más célebre que por estos títulos por sus múltiples trabajos literarios y sus aventuras de bibliófilo, origen de una contienda singularísima con D. Bartolomé J. Gallardo, murió Estébanez en Madrid el día 5 de Febrero de 1867.

de tiempo entre nuestros escritores de costumbres ¹, y porque es de todos el más original, el que menos se aproximó á los de Francia. No tengo por muy considerable la gloria de ser el primero entre los imitadores, cuando consta que así Larra como Mesonero Romanos aparecieron casi simultáneamente, no como quien da á luz un invento, sino como quien pretende aclimatarlo fuera de la patria donde nació; pero estas cuestioncillas, en que sólo se interesa la vanidad pueril, no tocan directamente al *Solitario*, tan castizo y tan español en todas sus *Escenas*, y que si necesitó para trazarlas el impulso del ejemplo, sigue en cuanto á la ejecución un camino que ninguno pisó antes ni después de él, á quien de derecho y exclusivamente corresponden los elogios y las censuras. *Pulpete y Balbeja*, *Los filósofos en el figón*, *La rifa andaluza* y *La asamblea general*, no deben nada á nadie, sino es al ingenio del autor, y distan *toto celo* de los sencillos cuadros del *Curioso Parlante* y de las malignas sátiras en que se desahogó el atrabiliario *Figaro*.

¿Qué diré sobre los héroes, el estilo y lenguaje de las *Escenas andaluzas*? Que con todos sus *cuatro dedos de enjundia de españolismo* son como cosa nunca vista ni oída para la generalidad de los españoles, y que si el *Solitario* fuese leído en Francia nuestros vecinos se confirmarían más y más en el concepto que de nosotros tienen formado por la lectura de Gautier, Dumas, Musset y Víctor Hugo. Pero los cuadros de Estébanez no son caprichos fantaseados á placer, sino reproducciones fidelísimas de la realidad, que andando el tiempo servirán de documentos inapreciables para la historia del pueblo bajo andaluz, si algún día llegan

¹ *El Solitario y su tiempo*, tomo I, cap. IV. En las *Cartas españolas* publicó Estébanez varias y escogidas muestras de sus *Escenas andaluzas* antes que apareciese *El retrato* (12 de Enero de 1832), primer artículo de Mesonero.

á modificarse ó á desaparecer sus costumbres. Las conoció él de cerca como pocos, y en su entusiasmo por todo lo que llevase el sello de la patria nacionalidad se encariña con sus personajes de zambra y de figón como podría hacerlo con los suyos el autor de una epopeya. ¡Lástima de narración inerte y afectado estilo, que hacen de las *Escenas andaluzas* un conjunto de artificios sutiles y frases arcaicas, para cuya inteligencia es preciso estar siempre sobre el Diccionario! ¿Cómo no sucede eso con Cervantes, ni con tantos otros escritores de nuestro gran siglo, á quien presumía imitar el *Solitario* en esta desgraciada labor de taracea? Y es que la obscuridad del lenguaje desentona aquí doblemente por lo mismo que el autor procura acercarse al pueblo, mientras más se aparta de su comprensión con elegancias nimias. Así han logrado tan escasa boga las *Escenas andaluzas* ¹ entre los mismos literatos de profesión, siguiendo á la vez cerradas como con siete sellos para los que no reparan en escrúpulos de forma.

Mucho más ha sonado el nombre de *El Curioso Parlante* ², el festivo pintor de las costumbres madrileñas, compañero del *Solitario* en la redacción de las *Cartas Españolas*. Fundador del *Semanario Pintoresco*, allí in-

¹ Desde 1847, en que se hizo la primera edición, no se han vuelto á reimprimir hasta el 1883, en que aparecen mutiladas formando parte de la *Colección de escritores castellanos*.

² Don Ramón de Mesonero Romanos, que así firmaba, nació en Madrid el año de 1803. A la muerte de su padre, ocurrida en 1820, se dedicó á la carrera del comercio, y á poco comenzó á allegar laboriosamente los materiales de su *Manual de Madrid*. Después de colaborar en las *Cartas Españolas*, de Carnerero, fundó y dirigió, desde 1836 á 1842, el *Semanario Pintoresco Español*. Retirado constantemente de la política, sólo lo que él llamaba *la carga concejil* pudo distraerle por algún tiempo de su ideal y honrada medianía. La asistencia al Ateneo y á la Academia Española, de que era individuo numerario; los artículos para distintas publicaciones, principalmente *La Ilustración Española y Americana*, y sus trabajos como cronista de Madrid, llenan los últimos años de su vida hasta el de 1882, en que falleció.

sertó la segunda serie de sus *Escenas*, que más adelante salieron á luz juntas, alcanzando un buen número de ediciones ¹. Hoy decae notoriamente su fama porque ha envejecido también el género á fuerza de años, abusos é imitaciones perversas, que son la causa más influyente y eficaz. Las *Escenas matritenses* no se leen ya con el gusto que despierta la viva representación del mundo en que nos movemos, sino con la curiosidad de quien desea conocer la vida de nuestros padres, que, á juzgar por lo transcendental de las diferencias, parece apartada de nosotros por el espacio de más de un siglo.

¡Cosa rara en un satírico! *El Curioso Parlante*, que más ó menos tuvo que desempeñar ese papel, no se concilió una enemistad á cambio de las innumerables simpatías de que estuvo rodeado. Huyendo instintivamente de la mordacidad, y más aún de las personalidades, Mesonero Romanos supo conservarse en la decorosa aptitud de los que, si se ríen de las cosas, no lo hacen á costa de nadie, bien al contrario de su compañero *Figaro*. Es éste incisivo y cruel en sus ataques como por sistema, y al ostentar de cuando en cuando una mansedumbre fingida sólo desea clavar más hondamente el dardo de la sátira, mientras en aquél asoman desde luego una cara jovial y amistosa y un propósito constante de rehuir los intrincados senderos de la política y los vicios de más bulto en la vida social, para entretenerse en hábiles escaramuzas. Examinando con escrúpulo las *Escenas matritenses*, nunca se ve una gota de hiel en las palabras, ni una segunda intención velada en el misterio. De aquí procede, es verdad, cierta benevolencia cansada y dulzona que se traduce visiblemente en la insignificancia del fondo y en la pe-

¹ *Escenas matritenses*. Madrid, 1842.— Madrid, 1881. Esta edición fué la última corregida y dispuesta por el autor.

sadez del estilo, y que no demuestra tanto las aptitudes del escritor como la *buena pasta* del hombre. La pintura es minuciosa y exacta, pero también monótona y desleída, si vale la frase. Cada artículo de Larra es una invectiva ó una protesta que enciende el ánimo y excita el interés, aunque casi siempre en mala parte; los de Mesonero llegan á cansar pronto, y únicamente consiguen una sonrisa no muy espontánea ni muy sincera.

El tono empleado por Mesonero recuerda un poco el de Cervantes, aunque sin el incomparable colorido, sin la fuerza creadora de personajes, en que no tiene imitadores el inmortal autor del *Don Quijote*. Un observador atento basta para trazar las *Escenas*, pero sólo un artista pudo idear al ingenioso hidalgo y á su escudero, á Rinconete y Cortadillo. La verdad estética de las unas se confunde con la exactitud, y supone más paciencia que ingenio; los otros sólo surgieron animados al soplo de la inspiración. Mesonero, que leía mucho al mismo Cervantes, á Tirso de Molina, á Lope de Vega, y en general á nuestros novelistas y dramáticos, tomó de ellos el sabor castizo, la vivacidad y donosura de la frase, no las prendas comunicables que da la naturaleza. Su modelo en lo demás no era ninguno de los nombrados, sino el indispensable Jouy, en quien veía una sociedad y unas costumbres semejantes á las que él había de retratar, no informadas por el espíritu galante y caballeresco del Teatro español, ni por el realismo de la antigua novela española.

Hay que distinguir, sin embargo, entre el *Panorama matritense*, que juzgó *Figaro* con excesiva benevolencia en 1836, y los artículos posteriores en que el ingenio analítico de Mesonero, adiestrado por la experiencia, rompe las ligaduras de sus primeros días, ganando en originalidad tanto como en genial atrevimiento. *El retrato*, *La calle de Toledo*, *La comedia casera*, *Las visitas de días*, *Los cómicos en Cuaresma*,

La romería de San Isidro, La empleomanía, Los aires del lugar, El barbero de Madrid, El aguinaldo y El dominó, distan mucho del desenfado con que su autor fotografió más tarde *El día de toros*, de la profundidad con que glosa la sacramental expresión *El duelo se despide en la iglesia*, del interés dramático que envuelven las *Costumbres literarias, Una noche en vela, Antes, ahora y después, El romanticismo y los románticos y La posada ó España en Madrid*, para no hablar de *Madre Claudia ó de tejas arriba*, cuyas poco honestas pinceladas necesitarían mucha atenuación para ser aceptables. El espectáculo de sorprendentes novedades y vertiginoso movimiento que surgía ante los espantados ojos de *El Curioso Parlante* en esta segunda época, coincidiendo con la progresiva depuración de sus facultades artísticas, determina una metamorfosis beneficiosa para el valor gráfico y la amena variedad de las *Escenas matritenses*.

En ellas seguimos paso á paso la transformación gradual que se operó en la España de otros días hasta convertirse en uno de tantos centros nivelados por la prosaica igualdad del cosmopolitismo. Cuando comenzaban á extenderse las conquistas de la civilización material, y á par de ellas la sombra de la anarquía, *El Curioso Parlante* tuvo la feliz idea de fotografiar *aquello* que declinaba y *ésto* que iba á suplantarle, probablemente sin darse razón del contraste, que, sin embargo, no deja de ser muy visible.

Como suplemento de lo que falta en las *Escenas matritenses*, como hilo conductor y guía seguro para ordenar en la forma debida las especies inconexas (que tampoco podían estar de otro modo dada la naturaleza de la obra), no tienen precio las *Memorias de un setentón*¹, donde igualmente se satisfacen el buen gusto,

¹ Publicada primero en *La Ilustración Española y Americana*, y después en volumen aparte. (Madrid, 1881.)

la curiosidad y el sentimiento. Un tesoro de recuerdos que no se encuentran en ninguna historia, y de que habla el autor como testigo presencial, forma este vistoso mosaico, deslucido únicamente por ciertas preocupaciones que deben rectificar la prudencia y el buen criterio.

Nada tan contrario, ya lo he dicho, á la benévola y complaciente sonrisa de Mesonero² como el maligno sarcasmo que instintivamente asoma en la pluma de Larra, y que reconoce por causas su educación, su carácter, francés y volteriano puro, y el estado de la sociedad en que le tocó vivir los cortos é infelices días de su existencia. El orgullo y las malas lecturas secaron su alma, dejándola estéril como un desierto, sin una inclinación compasiva y generosa, sin el menor residuo de amor á sus semejantes, envenenada por el egoísmo y la misantropía. Con algo de Aristófanes y Rabelais, y con mucho de Voltaire, siempre vemos en Larra al satírico engrandeciéndose á expensas del hombre, y allá en el fondo de su corazón un vacío horrible, que no bastan á hacer simpático ó menos repulsivo todas las ingeniosidades del mundo. Su sátira no es el cáustico que tiende á sanar la herida, sino el fuego que abrasa y consume; no es la voz del buen sentido descubriendo errores y torpezas, sino la meditación fría y escéptica de quien sólo adora en sí mismo. Todo esto coloca á Larra en un lugar muy distinto del que corresponde á Quevedo, y las analogías que entre ambos pudieran sospecharse no pasan de apariencias engañosas.

Ya en 1828, y con el título de *El duende satírico del día*, publicaba algunos folletos, que después excluyó de sus obras, y en los cuales apuntaban sus aptitudes, aunque muy en embrión. Cuatro años más tarde comienza en *El Pobrecito Hablador*¹ la campaña prose-

¹ El primer número salió á luz en Agosto de 1832, y con la siguiente portada: *El Pobrecito Hablador. Revista satírica, de*